

## LA CAMPAÑA DE PAVÓN

1. Terminada la campaña de Cepeda y firmado el Pacto del 11 de Noviembre los hombres de Buenos Aires tuvieron que volver los ojos al interior de la Provincia, profundamente afectado por la guerra. Las huellas de la reciente lucha se advertían en la paralización de la naciente vida municipal, en el abandono en que yacían los campos, en la dispersión de los ganados, en el recrudescimiento de la delincuencia que proliferaba casi impune en medio del desorden general, en la desalentada actitud de los pobladores, en fin, que lentamente regresaban a sus hogares y lugares de origen para reanudar la vida cotidiana.

La frontera hallábase débilmente guarnecida mientras que las parcialidades indígenas más próximas a ella, ensoberbecidas, manteníanse en una solapada hostilidad, haciendo víctimas de sus violencias y robos a los escasos pobladores y establecimientos de campo que habían logrado sostenerse. El choque de caballería que fué principalmente la batalla de Cepeda había provocado la dispersión de los regimientos de esa arma, adscriptos en su mayoría al servicio de los fuertes. Era urgente reconstruir esas unidades y señalarles nuevo destino.

Fué con ese objeto que el Gobernador provisorio Lavalle dispuso el 22 de noviembre de 1859 que, con los restos de los regimientos de Blandengues, Granaderos a Caballo, Dragones, Húsares y Cazadores se formasen tres cuerpos de caballería de línea. El primero tendría por base a los Blandengues y prestaría servicios en la Frontera del Centro, con comandancia en Bragado. Confiábase su organización al teniente coronel José E. Ruiz. Los regimientos de Dragones y Húsares pasarían a integrar el segundo cuerpo de caballería, adscripto a la Frontera del Norte, con comandancia en Rojas. Su organización correría a cargo del coronel Benito Villar. Finalmente, con los restos de los regimientos de Granaderos a Caballo y Coraceros se organizaría el regimiento Nº 3 de línea, destinado al servicio de la Frontera del Sur, con co-

mandancia en Azul. Debía organizarlo el teniente coronel Manuel Sanabria (1).

La reorganización así dispuesta se cumplió con tan magro resultado que ninguna de las unidades proyectadas logró reunir un adecuado número de plazas.

Entrado ya el año de 1860 necesidades de la defensa decidieron al Poder Ejecutivo a dividir en dos departamentos la dilatada Frontera Sur, aunque manteniendo para ambos una misma jefatura. El *Primer Departamento* tendría por centro a Azul, con todas las fuerzas que lo guarnecían, a las que se sumarían los regimientos de Guardias Nacionales de Barracas al Sud, Quilmes, San Vicente, Ensenada, Magdalena, Ranchos, Chascomús, Pila, Tordillo, Ajó, Vecino, Tuyú, Mar Chiquita, Lobería y Tandil. El *Segundo Departamento* comprendería el territorio que se extendía al Sud del Chapaleofú. Se designó Comandante en Jefe de ambos Departamentos al general Venancio Flores, quien venía actuando en la Frontera del Sur desde diciembre de 1859; Jefe del Primer Departamento al coronel Ignacio Rivas y del Segundo al coronel Benito Machado, con retención este último del mando de su regimiento "Sol de Mayo" (2).

En la misma fecha —5 de enero de 1860— dispuso el Gobierno la reorganización de los regimientos de caballería de Guardia Nacional de la campaña. "Tanto por demandarlo con urgencia la defensa de la Frontera —decía la resolución— como porque puede considerarse la mayor parte de ellos disueltos a consecuencia de los últimos sucesos que han tenido lugar (3).

En mayo del citado año, a poco de asumir Bartolomé Mitre la gobernación de la Provincia, el coronel Julio de Vedia pasó a desempeñar la comandancia de la Frontera del Centro, con asiento en Bragado, mientras que el coronel Emilio Mitre era mantenido en la comandancia de la Frontera del Norte, con sede en Rojas.

Así que se hizo cargo de su comandancia Julio de Vedia dirigió una nota al Gobernador Mitre para informarlo del deplorable estado en que había hallado el departamento. Decía en ella que el regimiento existente contaba con 300 plazas pero sin ninguna clase de instrucción. La desnudez de los soldados era tal que únicamente viéndola podía creerse. "Soldado hay —señalaba— que sólo tiene un calzoncillo, y por todo abrigo una jerga vieja en la que se envuelve de día como un

(1) ARCHIVO DEL ESTADO MAYOR DEL EJÉRCITO, División VII (Historia), *Copia de Ordenes Generales*, año 1859, enero a diciembre.

(2) Decreto de 5 de enero de 1860, en PRADO Y ROJAS, AURELIO, *Nueva recopilación de leyes y decretos de la Provincia de Buenos Aires*, año 1860, pág. 140, Buenos Aires. 1878.

(3) *Registro Oficial del Gobierno de Buenos Aires*, año 1860, pág. 11.

romano con su manto y de noche hace de ella cama y cobijas". Para cubrir el servicio de los fortines se había visto en la necesidad de pedir a los jueces de paz del departamento el envío de un contingente de guardias nacionales. La escasez de caballos era muy grande, atribuyéndose el hecho a la matanza de yeguas que efectuaban los saladeros, razón por la que de Vedia sugería a Mitre prohibir por algún tiempo esa matanza (4).

A principios de junio el nombrado militar volvía a dirigirse a Mitre para darle cuenta de la marcha de sus trabajos en la frontera. Se ocupaba en esos momentos de hacer construir cuadras para la tropa, de vestir esta última y de adiestrarla a la par de sus cabos, sargentos y oficiales. La frontera estaba tranquila y no era de temer una invasión de los indios por la extraordinaria sequía reinante. En otra misiva le daba noticias del fuerte 25 de Mayo, al que su nuevo comandante el teniente coronel Juan A. Noguera había encontrado también en pésimas condiciones defensivas y lo informaba asimismo de la llegada a Bragado del primer contingente de guardias nacionales, procedente de Chivilcoy, el que cubría ya los fortines (5).

A todo esto el coronel Rivas, designado como se lleva expuesto, jefe del Departamento de Azul, marchaba con un batallón de infantería hacia esa localidad fronteriza a la que arribó el 8 de junio. Inmediatamente de asumir el mando se dió a la tarea de reclutar tropas para el regimiento 3º de caballería aún en formación. Entre tanto informó a Mitre que la frontera se hallaba desguarnecida, pues sólo contaba para su defensa con 140 hombres del citado regimiento y el batallón de infantería que consigo había llevado. Le hizo saber también que, para salir de apuros, había solicitado 100 Guardias Nacionales a cada uno de los regimientos de su jurisdicción, que ocuparía en el servicio hasta disponer de mayores fuerzas (6).

Tres meses más tarde, pese a sus esfuerzos, Rivas no había conseguido mejorar de manera apreciable el estado defensivo de su departamento, circunstancia que lo obligaba a mantener apostados en los fortines 300 Guardias Nacionales, no obstante su escaso valor combativo (7).

El fracaso reconocía causas profundas. Los dramáticos hechos ocurridos en la campaña del Sur de la Provincia en noviembre de 1859, que culminaron con la ocupación de Azul por un ejército indígena y el metódico saqueo por los bárbaros de los establecimientos de campo

(4) *Archivo del General Mitre*, t. XXII, pág. 58, Buenos Aires, 1913.

(5) *Archivo del General Mitre*, t. XXII, cit., pág. 60 y 62.

(6) *Archivo del General Mitre*, t. XXII, pág. 38.

(7) Carta de Rivas a Mitre, Azul, diciembre 9 de 1860, en *Archivo del General Mitre*, t. XXII, pág. 31.

de la región <sup>(8)</sup>, habían aterrorizado de tal manera a los pobladores que muchos optaron por alejarse de la frontera con sus familias, enseres y ganados y todavía un año más tarde, ya desaparecido todo peligro, no se atrevían a volver a sus propiedades.

En carta escrita a Mitre, casi al término del año, Rivas se lamentaba de que la paz celebrada por la Provincia no hubiera producido en su campaña del Sur los efectos esperados. Señalaba que el Departamento a su cargo seguía despoblado y los vecinos tan alarmados como meses antes cuando sus vidas y haciendas estaban a merced de los salvajes. Atribuía la causa principal del desasosiego reinante a la presencia de las indiadas de Catriel, Cachul y Millacurá en la región aldeaña, hecho, en su opinión, fácil de remediar.

“Bien que estas indiadas están en paz —decía— su presencia es tanto o más perniciosa que si estuviesen en guerra abierta con los cristianos. Los robos parciales siguen haciendo tanto daño como las invasiones con que antes nos amenazaban”.

Sin temor alguno por las escasas fuerzas que guardaban la frontera y ensoberbecidos por el temor que inspiraban, las tribus antes señaladas habían terminado por concentrarse en una reducida porción de territorio, que por el norte limitaba con la laguna Blanca Chica, por el naciente con el arroyo Azul, por el oeste con las sierras Dos Hermanas y por el sur con las nacientes del Tapalqué. Dada esa situación de las indiadas Rivas creía fácil aproximar por el norte una fuerza hasta Blanca Grande sin que fuese sentida por los bárbaros, mientras otra podría llegar en igual forma a la Barrancosa. Ambas fuerzas destacarían avanzadas hasta cortar a los indios la retirada a Salinas Grandes y entonces podría lanzarse un ataque a fondo sobre ellos desde Azul, con seguridad de éxito. No se buscaría exterminarlos sino reducirlos. Para asegurar el éxito de la operación, Rivas estimaba indispensable que intervinieran en ella las fuerzas del Departamento del extremo sur que comandaba el coronel Machado y las de la Frontera del Centro, cuyo jefe era el coronel Julio de Vedia, aparte de las suyas propias y de otras que se destinarían al mismo fin. Proponía para dirigirla al coronel Emilio Mitre <sup>(9)</sup>.

El plan expuesto, si bien más completo, se asemejaba mucho al que el propio general Mitre —entonces Ministro de Guerra y Marina de la Provincia— pusiera en práctica contra las mismas tribus indígenas en 1855 y que terminara para él con una sorpresiva y resonante derrota. Pero ya para la fecha en que Rivas lo anunciaba —diciembre de

(8) Véase la monografía: “*Los indios en la campaña de Cepeda*” en *Trabajos y Comunicaciones*, publicación del Departamento de Historia de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, N° 6, La Plata, 1956.

(9) *Archivo del General Mitre*, t. XXII, pág. 31, doc. cit.

1860— graves acontecimientos habíanse producido en el interior del país: el 16 de noviembre caía asesinado en San Juan el Gobernador José Virasoro; las relaciones entre Buenos Aires y la Confederación entraban en un nuevo período de crisis y una vez más el problema de la seguridad de la Frontera del Sur debió ser postergado.

2. El 21 de noviembre de 1859, de regreso en Salinas Grandes después de su intervención en la campaña de Cepeda, en otro lugar narrada <sup>(10)</sup>, Calfucurá se dirigía a Urquiza para expresarle que había sido informado por el coronel Baigorria de la paz celebrada en Buenos Aires, a objeto de que la tuviera debidamente en cuenta por la parte que le concernía. El cacique se declaraba dispuesto a respetar escrupulosamente el convenio suscripto pero, a título de aliado, que tal se consideraba, deseaba conocer con exactitud los alcances del mismo. Desconfiaba y temía que la paz de los cristianos hubiera perjudicado los intereses de su pueblo.

“Si usted es jefe de allá —decía a Urquiza— yo lo soy de mis indios. ¿Qué cosa usted me pedirá que no esté dispuesto yo a hacer siendo posible? No debe usted tener la menor desconfianza porque yo dando mi palabra me sujeto a ella. Además tengo un hijo a su lado para que mejor me crea, se puede decir que está como empeñado, pero para mí es lo mismo porque si él no estuviese con usted yo siempre le habría de cumplir todo lo que le prometiera”.

Así, pues, enviaba una embajada a Entre Ríos, encabezada por su heredero Namuncurá, con el objeto de conocer de boca del propio Urquiza el contenido de esos tratados, cuidando —eso sí— de advertirle que el coronel Machado estaba reuniendo gente sobre el arroyo del Pescado Castigado, sin duda con el propósito de atacarlo, actitud que, a su entender, no se avenía con la paz celebrada, aparte de que consideraba suyas esas tierras. Sin embargo, para demostrar su buena fe y voluntad, él no iba a adoptar medida alguna hasta que Urquiza le contestara <sup>(11)</sup>.

Mientras así decía y obraba el taimado cacique abría negociaciones con el coronel Rivas en Azul tratando de hacerse perdonar sus correrías del año anterior en el sur de la Provincia que, claro está, imputaba íntegramente a órdenes recibidas del Presidente de la Confederación.

Su embajada llegó a Paraná el 3 de enero de 1860, donde fué recibida por el teniente coronel Federico Olivencia, quien informó inmediatamente a Urquiza de su arribo.

<sup>(10)</sup> Véase la monografía: “*Los indios en la campaña de Cepeda*”, cit.

<sup>(11)</sup> ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN, *Archivo del General Urquiza*, carpeta Nº 55, año 1860.

“Calfucurá —le prevenía— está tratando con el Gobierno de Buenos Aires por conducto de Rivas en el Azul y aunque él dice que lo hace de mala fe, no debe V. E. confiar del todo en su palabra. . .”.

“Entre nuestros indios amigos —agregaba— hay buenos y malos; los unos cump<sup>l</sup>en con los tratados y los otros no, como por ejemplo el cacique Mariano Rosas, sucesor de Calvan” (12).

Sin haber podido entrevistar a Urquiza, como pretendían, los embajadores de Calfucurá emprendían el regreso hacia los toldos pocos días más tarde.

3. La firma del convenio de 6 de junio de 1860 pareció sellar la unión de los hombres de Paraná con los de Buenos Aires y colocar al país en vías de su definitiva organización. En lo que a la lucha con el indio se refiere, por el artículo 5º de ese tratado el Gobierno federal se comprometía a ayudar al de la Provincia en la defensa de su frontera y a ordenar la aproximación de dos regimientos de caballería a la línea divisoria con Santa Fe.

Alborozado, Urquiza escribía a Mitre el 9 de junio de aquel año, desde su palacio de San José:

“La unión argentina tan ansiosamente deseada se ha realizado; la grandiosa obra a que hemos consagrado nuestros esfuerzos es ya un hecho que nada ni nadie podrá destruir”.

Restaba sólo perfeccionarla. “Para empezar desde ahora por mi parte los trabajos en este sentido —anunciaba— y conociendo bien la necesidad de que los salvajes del desierto se aperciban de que somos una sola nación y que no podrán ofender el territorio de Buenos Aires sin exponerse a que toda la Nación y yo mismo esté con V. E. en la defensa, envío una comisión para que se les notifique y les informe la paz que felizmente nos une y nos unirá para siempre” (13).

Días más tarde partía de la Confederación una comisión encabezada por el indio Cristo llevando a los toldos el mensaje de Urquiza.

Calfucurá, a despecho de sus protestas pacíficas, tenía planeada desde los días de Cepeda una gran invasión sobre el sur de Buenos Aires con el concurso de su hermano el cacique Reuquecurá e indias del sur de Chile. El 6 de julio de 1860 el intendente de Valdivia informaba al Ministerio del Interior de su país que, según informes recogidos en la frontera Norte de aquella provincia, un fuerte contingente indígena alistado por las reducciones de Maque'má, Boroga, Alique, Doquil y Pirtruquen había cruzado el verano anterior la cor-

(12) ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN, *Archivo del General Urquiza*, carpeta Nº 55, año 1860.

(13) *Archivo del General Mitre*, t. VII: *Antecedentes de Pavón*, pág. 112, Buenos Aires, 1911.

dillera a invitación de Calfucurá, con el designio de asaltar el establecimiento de Carmen de Patagones, si bien los invasores hicieron correr la voz de que el objeto de su viaje era comerciar (14).

La noticia de la invasión fué comunicada inmediatamente por las autoridades chilenas al Gobierno de la Confederación. En su conocimiento el Ministro de Guerra y Marina, general José María Francia, solicitó del Gobernador de Santa Fe con fecha 24 de agosto de 1860 la movilización de la Guardia Nacional de los Departamentos del sud de esa Provincia, designó al teniente coronel Gervasio Goylea para mandar esas fuerzas y le ordenó ponerse de acuerdo con los comandantes de las Fronteras del Norte y Oeste de Buenos Aires a fin de combinar las operaciones. Informó al mismo tiempo al Gobierno porteño acerca de la invasión y de las medidas que había adoptado para repelerla (15).

En cumplimiento de la misión encomendada por Urquiza, se disponía el indio Cristo a internarse en el desierto desde la Frontera Sur de Santa Fe cuando tuvo conocimiento de la llegada a Salinas Grandes de los invasores chi'enos conducidos por Reuquecurá. No se atrevió entonces a llevar adelante su cometido pero destacó a uno de sus hombres para advertir a Calfucurá que debía abstenerse de invadir en atención a los tratados de paz celebrados entre Buenos Aires y la Confederación. Con igual objeto y obedeciendo a instrucciones recibidas del Presidente Derqui el coronel Baigorria había despachado también chasques a Calfucurá (16).

Los mensajes de Urquiza y Derqui llegaron, por lo visto, a tiempo para detener la invasión. Calfucurá les dió respuesta a cada uno de ellos separadamente. A Derqui le decía en carta escrita en Michitué el 23 de octubre de 1860 que él era un buen hombre, incapaz de traicionar a nadie y si llegaba a invadir sería solamente cuando el Presidente se lo mandase. Baigorria lo había informado acerca de los tratados celebrados con los porteños pero él no podía concebir la paz mientras tuviera al frente a Rivas y a Machado. "Si ellos pretenden

(14) ARCHIVO DEL ESTADO MAYOR DEL EJÉRCITO, Doc. Nº 564.

(15) ARCHIVO DEL ESTADO MAYOR DEL EJÉRCITO, Doc. Nº 568.

(16) *Archivo del General Mitre*, t. VII, *Antecedentes de Pavón*, pág. 134, Buenos Aires. 1911.

En el informe que elevó a Urquiza acerca de su misión, Cristo afirmó que Calfucurá, luego de conocer el mensaje del general, había dado orden de retirarse a los invasores chilenos, "los cuales se fueron algo disgustados". Pero su información fué desmentida por Martín Quenón, militar que actuaba en Río IV, quien en nota a Derqui de 2 de septiembre de 1860 le previno que de los 3.600 lanceros traídos por Reuquecurá, solamente se habían vuelto a Chile 1.100 quedando, en consecuencia, acampados en Salinas Grandes 2.500, dispuestos a entrar en malón sobre la campaña de Buenos Aires, por lo que debían adoptarse precauciones. "Las tradiciones que tenemos de tal raza —decía— son de que una vez costeados los chilenos a la guerra, jamás se vuelven sin robar". Derqui se dió prisa a poner el hecho en conocimiento del Gobierno de Buenos Aires. (*Archivo del General Mitre*, t. VII, *Antecedentes de Pavón*, pág. 25).

algo conmigo —le prevenía— yo también los é de inbadir icreo que mas les e de aser yo que ellos. . .”. Terminaba rogando a Derqui que le pusiera jefes conocidos en la frontera porque si quedaban los mismos que ahora estaban él no podría tener confianza, desde que siempre habían sido enemigos suyos (17).

La carta destinada al general Urquiza revelaba mucho mayor confianza. Informado —decía— de la buena marcha de los negocios públicos se congratulaba de ello y quedaba aguardando, como siempre, las órdenes que su amigo quisiera impartirle. Mas no podía menos que reprocharle no haber recibido como correspondía a la comisión que últimamente enviara a Paraná encabezada por su hijo, aunque suponía que Urquiza no había tenido la culpa de esa desatención. Preveníale que si alguien le decía que él estaba buscando tratados con el coronel Rivas no lo creyese porque no era cierto. Justamente acababa de indormarse que en una junta de jefes y oficiales celebrada no hacía mucho tiempo en Palermo, con asistencia de los caciques Ancaíao y Maicas, enemigos suyos, habíase acordado llevar e una invasión en el plazo de seis meses y así lo denunciaba ahora a Urquiza (18).

Con el objeto de detener ese golpe, que al parecer temía, Callucurá se dirigía a Rivas un mes mas tarde —noviembre de 1860— para recordarle que el Presidente Derqui y el general Urquiza habían hecho la paz con el Gobierno de Buenos Aires: “. . .con que nosotros como Gentes de Frontera ¿por qué hemos de estar mal?”, concluía (19).

El general Urquiza se apresuró a tranquilizarlo haciéndole llegar por manos del propio Rivas una carta en que lo invitaba a deponer sus recelos y vivir en paz. Mas Callucurá desconfió de la autenticidad

(17) “. . .sobre todo le encargo me ponga a pedrito Roza en el azul porques una persona que yo quiero mucho en quien tengo toda mi confianza, y asibiviremos en paz para siempre”, rogaba el cacique. En julio de 1861, mientras se encontraba en San Nicolás. Mitre recibió una carta de Pedro Rozas y Belgrano que solicitaba la devolución de sus bienes y autorización para volver a la Provincia. Mitre pasó la solicitud al Gobernador Ocampo diciéndole: “Tal vez nos interesaría neutralizar de alguna manera ese elemento, tanto mas cuanto que el reclamo ni es considerable y parece justo”. (Conf. *Archivo del General Mitre*, t. VIII, *Campaña de Pavón*, pag. 38, Buenos Aires, 1911). Algún tiempo después los periódicos de Buenos Aires daban la noticia del paso de Rozas y Belgrano por la ciudad en Dirección al Sur, acompañado de un séquito de mas de veinte personas. (*El Nacional*, Buenos Aires, 19 de octubre de 1860 y *La Tribuna*, Buenos Aires, 2 de octubre de 1860).

(18) ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN, *Archivo del General Urquiza*, carpeta N° 55, año 1860.

(19) “Compadre: V. no se agravie por frioleras por que eso no es bueno” —aconsejaba a Rivas el cacique— “en una cosa conosco muy bien que le he faltado, que fué cuando yo anduve con mi jente por aiá en auxilio del General Urquiza por las haciendas que mi jente arrió despues de haber hecho la paz. . .

“Querido compadre: yo quiero darle mi consejo: es que Vd. no se comprometa con el gobierno para agarrarme porque es una cosa que nadie conseguirá, porque si Vs. tienen Dios que los ayude yo tengo tambien otro Dios mas fuerte que el de Vds. Vd. sabrá que hace poco que en su pueblo hubo una inundación de agua; eso lo hace nuestro Dios por las malas intenciones que tienen conmigo. (ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN. X, 20-4-6).



de esa misiva que por conducto tan desusado le llegaba y la envió a los jefes de la Frontera de Río IV pidiendo su confirmación <sup>(20)</sup>.

Preparaba por entonces el envío de una nueva embajada a Paraná, con el objeto de obtener regalos, que, como en anteriores oportunidades iba a confiar a su hijo Namuncurá.

4. Desde fines de 1852, apostado en Río IV primero, en el Fuerte 3 de Febrero después, cuando éste se fundó <sup>(21)</sup>, el coronel Manuel Baigorria custodiaba con las fuerzas de su mando la frontera sud de Córdoba.

Antiguo oficial del general Paz, combatiente de La Tablada y Oncativo, la prisión de su jefe en 1831 lo había obligado, como a otros militares unitarios, a refugiarse entre los indios del desierto para escapar a la persecución tenaz de que Rosas los hizo objeto. Por espacio de casi veinte años residió en Trenel, paraje próximo a Leubucó, en el sur de San Luis, donde alzaban sus tiendas las principales tribus ranqueles, con cuyos caciques se vinculó por la amistad y por la sangre, hasta el punto de que lo consideraron uno de los suyos. Más de una vez, Rosas intentó arrancarlo de su refugio valiéndose de maniobras arteras que sus protectores rechazaron. Baigorria supo corresponderles con lealtad: compartió con ellos la dura vida de los toldos, adoptó su lengua y sus costumbres, les enseñó la táctica cristiana de combate y llegó, inclusive, a conducirlos alguna vez en malón. Alcanzó, de tal manera, gran prestigio y valimiento entre los indios, así ranqueles como salineros. Coliqueo, el más valiente cacique de estos últimos, fué su suegro y su influencia se extendió a todo el desierto.

La caída de Rosas significó también para él, como para muchos argentinos, la liberación y el término de su exilio. Poco tiempo había transcurrido desde la batalla de Caseros cuando obedeciendo a un llamado del general Urquiza abandonaba los toldos de Leubucó para dirigirse con una numerosa comitiva indígena a Buenos Aires. Llegó a la ciudad en momentos en que el Libertador se disponía a trasladarse a Santa Fe con el objeto de preparar la instalación del Congreso Constituyente e iba a estallar la Revolución del 11 de Septiembre. Producido el movimiento Baigorria abandonó la ciudad y emprendió el regreso a los toldos. Los hombres dirigentes de la Revolución, entre ellos su antiguo jefe el general Paz, procuraron atraerlo a la causa de Buenos Aires y lograr su incorporación al ejército de la Provincia. No lo consiguieron. Fiel a sus viejos ideales, había dado su palabra a Úr-

<sup>(20)</sup> ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN, *Archivo del General Urquiza*, año 1860, número 16.

<sup>(21)</sup> La fundación del Fuerte 3 de Febrero fué llevada a cabo por el general Juan Esteban Pedernera el 29 de abril de 1857, sobre el Río V en las proximidades del "Paso del Lechuzo". (Véase *El Nacional Argentino*, de Paraná, Nos. 456 y 466).

quizá de servir a sus órdenes en las tareas de la organización nacional. El vencedor de Caseros le hizo extender los despachos de coronel de la Confederación, le confió la vigilancia de la frontera del sur de Córdoba y le encargó más tarde la formación de un regimiento de caballería —el 7º de línea— que pasó a comandar. Su sola presencia en la región de Río IV, dadas sus vinculaciones con las parcialidades indígenas, abrió una era de paz y de tranquilidad para los pobladores. Bajo su influencia los belicosos moradores del desierto ajustaron tratados, que el “coronel cristiano”, como los indios le llamaban, supo hacer respetar por la diplomacia y por la fuerza.

Así fué como el general Urquiza pudo contraerse a las tareas de la organización del país sin la preocupación permanente que la guerra de fronteras le hubieran significado. Muy distintas fueron, por cierto, las condiciones en que se debatieron durante los mismos años las fronteras de la Provincia de Buenos Aires, asoladas casi de continuo por los malones indios. La campaña de Cepeda y la importante intervención que en ella tuvieron los bárbaros, vino finalmente a demostrar el valor de la colaboración del antiguo refugiado de Leubucó (22).

En febrero de 1859, cuando recién se encontraba de regreso en la frontera del sur de Córdoba, estalló en esa Provincia una revolución. El Gobernador Don Mariano Fraguero, candidato rival del Ministro Derqui a la Presidencia de la República, fué aprisionado por los revoltosos. Baigorria se puso inmediatamente en marcha para socorrerlo, mas la revolución contaba con el consentimiento de Derqui y llegado ese último al poder el viejo coronel cayó en desgracia. El fusilamiento que ordenó en Río IV de tres individuos de su regimiento que habrían intentado sublevarlo vino enseguida a hacer aún más delicada su situación. Recibió entonces orden de comparecer en Paraná. Su suegro Conqueo se opuso a su marcha. Había llegado a sus oídos la noticia de que se proyectaba asesinarlo y escribió a Urquiza el 12 de mayo de 1860:

“S. E. sabe que mi llerno y yo hemos estado siempre y estamos resueltos acosta de nuestra sangre sostener al gobierno confederado pº. si esto sucediese yo tengo pais i soi bastante guerrero. pobres de los pueblos. sin embargo no lo creo de un Gobº. a quien hemos cerbido con tanta Fidelidad con esto nos pague” (23).

Llegado Baigorria a Paraná, su presencia dió lugar a que el diputado Gil Navarro interpelase al Gobierno en el Congreso por los fusilamientos de Río IV. En el expediente del sumario que el coronel mandara instruir —afirmó— se habían pasado por alto diligencias fun-

(22) Véase la monografía: “Los indios en la campaña de Cepeda”, cit.

(23) ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN, *Archivo del General Urquiza*, VII, 1-2-8, Letra e, Nº 16.

damentales. El Ministro de Guerra general Francia le dió entonces orden de regresar inmediatamente a su cantón. Baigorria se negó y pidió ser relevado. "Mi reputación está ajada y quiero vindicarme" —explicó—. Al fin se decidió a obedecer, pero en el verano de 1861 emprendía de nuevo el camino de Entre Ríos para pedir a Urquiza su reivindicación. El general lo recibió afablemente pero le hizo entender que su actuación en los sucesos de Córdoba no había sido acertada <sup>(24)</sup>.

Mascando en silencio su amargura el coronel Baigorria regresó a la Frontera.

5. A principios de diciembre de 1860 llegaba a Rojas una comitiva india encabezada por el caciquillo Lorenzo Garay, hermano de Coliqueo, a quien acompañaban un hijo y un sobrino de este último cacique. Eran portadores de una nota del coronel Baigorria para el Gobernador de la Provincia general Mitre, en que el viejo militar solicitaba se devolviera al capitanejo Lorenzo su familia, detenida desde tiempo atrás en Buenos Aires, restitución que el general Urquiza se había ofrecido a gestionar sin realizarlo luego. Los comisionados indios venían, además, autorizados por Coliqueo para entrar en negociaciones de otro carácter con las autoridades porteñas. Desde Rojas, donde fueron atendidos por el coronel Emilio Mitre, pasaron a Bragado con el objeto de entrevistar al cacique reducido Pedro Melinao y de ahí continuaron su marcha a Buenos Aires <sup>(25)</sup>.

La embajada de Baigorria y Coliqueo debió ser tanto más bien recibida en la capital porteña cuanto que había ocurrido ya para entonces el asesinato del gobernador José Antonio Virasoro en San Juan y las relaciones con la Confederación entraban en un período crítico. Sin duda alguna en las negociaciones entonces realizadas y que debieron tener lugar a fines de diciembre de 1860 o comienzos de enero de 1861, quedó acordada, en principio, la sumisión de Coliqueo y su tribu al Gobierno de Buenos Aires, sobre la base de su establecimiento en las fronteras de la Provincia. Una carta escrita por el cacique Melinao al general Mitre poco tiempo antes de iniciarse las negociaciones, en que se refiere a las condiciones bajo las cuales Coliqueo y su tribu "queden subordinados al superior Gobierno", permite suponer fundadamente que la propuesta para llevar a cabo dicho establecimiento provino de este último cacique y fué transmitida a las autoridades bonaerenses por sus comisionados. Como garantía de sus rectas intencio-

<sup>(24)</sup> *Memorias del Coronel Manuel Baigorria*, en Revista de la Junta de Estudios Históricos de Mendoza, t. X, año 1938. *El Nacional* de Buenos Aires del 21 de febrero de 1861 daba noticia del paso de Baigorria por Rosario en viaje a San José.

<sup>(25)</sup> ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN, C. X, 20 4-6. Véase también: *Archivo del General Mitre*, t. XXII, pág. 66.

nes y del cumplimiento fiel de sus promesas Coliqueo enviaba a su propio hijo que, en carácter de rehén, debió quedar en Buenos Aires (26).

Por lo que a Baigorria respecta, el buen éxito de su pariente y aliado, además de los ofrecimientos que a él mismo debieron hacérsele decidieron, evidentemente, la actitud que adoptó seis meses más tarde cuando, producida ya la ruptura entre el Gobierno de la Provincia y el de Paraná —y entre él mismo y el general Urquiza— abandonó el ejército de la Confederación para incorporarse al de Buenos Aires.

En las filas federales fué Calfucurá quien dió la voz de alarma a Urquiza acerca de los contactos que a través de las fronteras Baigorria y Coliqueo habían establecido con Buenos Aires. En carta escrita en Michitúé el 9 de marzo de 1861, el cacique le decía:

“Tengo que poner en vuestro conocimiento que el Cacique Culiqueo en pactos de paz con el gobierno de Buenos Ayres D<sup>o</sup>. Bartolomeo Mitre, está mandando chasques por Mulitas y por el Azul y así es que yo creo que esta por jugar traición...”.

“Yo no sé con qué orden Culiqueo manda chasques, no ce nada y así deearía que mi hermano y geñe, que lo aprecio mucho, lo hiciera llamar a Culiqueo para preguntarle porque hace así, aver si esta por jugar traición”.

Bien veía él que los porteños salvajes unitarios se habían nuevamente sublevado contra su jefe y amigo. “Usted sabe —decía a Urquiza— que aborresen a todos los federales y no quieren nada a la federación”. Pero ahí estaba él para ayudarlo.

En seguida le hacía saber que Rivas y Machado habían planeado un golpe contra Catriel que éste, felizmente, consiguió eludir. También a él Rivas procuraba engañarlo con falsas promesas de paz y le escribía cartas muy cordiales, que él contestaba sólo por cortesía (27). Toda esta información era, desde luego, inexacta y llevaba por fin ocultar a Urquiza las negociaciones que ya por entonces había iniciado con el jefe de la frontera.

Antes de finalizar abril Calfucurá anunciaba a Urquiza que había hecho la paz con los porteños, aunque sólo por conveniencia y no de corazón porque él era federal y nunca se habría de entregar a ellos. “¡No, nunca —se exaltaba— porque yo soy muy patriota y he sido siempre trabajado por el partido federal”! Si hasta su sangre era colorada... ¡sangre de federal!

Le describía enseguida los regalos que, sin él solicitarlos, de Buenos Aires le habían sido enviados e, hipócrita siempre, pedía autorización a Urquiza para gestionar de los comandantes de la frontera y

(26) *Archivo del General Mitre*, t. XXII, pág. 67.

(27) ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN, *Archivo del General Urquiza*, N<sup>o</sup> 55.

del propio Mitre ventajas comerciales en favor de sus indios y manutención para sus caciques.

De Baigorria y Coliqueo le informaba que estaban en permanente comunicación entre sí y también con Buenos Aires; temía que tramasen algo contra él y pedía a Urquiza que interviniera. Sabía, asimismo, que Coliqueo se entendía con los indios de Bragado, con los de Mulitas, con Maica y Ancalao de Bahía Blanca. "Quien lo echa a perder a Baigorria es Culuqueo", afirmaba.

Le rogaba, finalmente, que enviase alguna comisión a visitarlo en los toldos, encabezada por un jefe bueno y, si era posible, le mandara con ella a su hijo Pastor, a quien deseaba ver... Él había despachado últimamente varias embajadas a Urquiza que no habían tenido retribución y sus caciques, de continuo, se lo reprochaban (28).

Pocos días más tarde —el 23 de abril— se dirigía también al general Pedernera, Vice Presidente de la Confederación para informarle que Baigorria había enviado 20 ó 30 hombres de su regimiento a los toldos de su suegro Coliqueo con el objeto de protegerlo de un posible ataque de sus pampas, cosa que le parecía muy mal hecha. "Culuqueo y Baigorria están trabajando juntos por desunirnos a nosotros", le prevenía (29).

Pese a sus protestas de lealtad a Urquiza, Calfucurá había iniciado hacia el mes de marzo de 1861, según se lleva expuesto, una correspondencia muy cordial con el coronel Rivas, jefe de la frontera de Azul, a quien lo unían vinculaciones de compadrazgo y con el propio Gobernador Mitre, de quien recibió a principios de abril una embajada portadora de obsequios y de proposiciones de paz. Con el objeto de considerar esas propuestas dispuso el cacique la celebración de un parlamento general en Salinas Grandes, en el que la indiada resolvió por aclamación aceptarlas. Calfucurá se dirigió entonces a Rivas para informarlo, complacido de ese resultado y hacerle saber, al mismo tiempo, que, conforme se lo insinuara en otra oportunidad, estaba dispuesto a enviar una comisión a Buenos Aires para sellar definitivamente la paz.

Mientras tanto, como hacía mucho tiempo que Bahía Blanca tenía sus puertas cerradas para los suyos, pedía a Rivas que escribiera al jefe de ese punto a fin de que, levantada por él la interdicción, sus indios pudieran ir a comerciar. Lo interesaba, finalmente, en la devolución de una de sus mujeres, detenida en la localidad mencionada; le daba noticias de Chile y del reciente terremoto de Mendoza donde, según sus informes, habían muerto siete mil personas (30).

(28) ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN, *Archivo del General Urquiza*, Nº 55.

(29) ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN, *Archivo del General Urquiza*, Nº 55.

(30) *Archivo del General Mitre*, t. XXII, cit., pág. 12.

A Mitre, a quien también dirigía una carta el 27 de abril, Calfucurá le recordaba que cuando tiempo atrás estuviera en Pillahuincó él había enviado a su hijo Namuncurá a saludarlo. “Desde ese tiempo —agregaba— no he tenido el gusto de comunicarme con usted, pero no crea mi hermano que lo haya olvidado nunca...”. Le informaba que había recibido su carta y le agradecía los buenos consejos que le daba. Los apreciaba porque provenían de un hombre sabio y de mucha experiencia. El reconocía que la guerra a nada bueno conducía y si había participado en ella fué porque se lo pidieron.

“Pero ahora le digo también que ya basta por mi parte; yo he sabido que están formando batallones y escuadrones para pelear entre ustedes, pero yo le respondo que yo no he de ir a ayudar a ninguno” (31).

Era lo que Mitre deseaba y había requerido del cacique.

Mientras que de la manera expuesta se ajustaban las paces con Calfucurá, el Ministro de Guerra y Marina, coronel Juan A. Gelly y Obes, en viaje de inspección por la Frontera Sur, renovaba en Azul los tratados existentes con Catriel. Ambos caciques se apresuraron a despachar luego sus respectivas embajadas a Buenos Aires.

“Catriel no quiere quedarse atrás de su rival Calfucurá y para ello hace acompañar la comisión que de ésta va con su hijo Cipriano y varias otras personas en representación de Cachul, Cañumil y el Adivino —decía Gelly y Obes a Mitre en carta escrita el 5 de mayo.

“Le he prometido que usted los recibirá con “gusto” y que los atenderá. Dios sea con usted” —concluía el Ministro, que acababa de soportar un parlamento pampa de más de dos horas con Catriel y se hallaba exhausto (32).

Un mes más tarde los periódicos de Buenos Aires daban la noticia del arribo a la ciudad de las embajadas indias (33).

La sumisión de Calfucurá fué el resultado de la hábil política de fronteras que el Gobierno de Mitre comenzó a desarrollar a principios de 1861, cuando la agravación de las cuestiones nacionales hizo inevitable la guerra con la Confederación. Aleccionados por lo ocurrido durante la campaña de Cepeda, en la que debieron enfrentar a un mismo tiempo al ejército de Urquiza en el Norte de la Provincia y a

(31) *Archivo del General Mitre*, t. XXII, cit., pág. 18.

(32) *Archivo del General Mitre*, t. XXII, cit., pág. 22.

(33) *El Nacional*, Buenos Aires, 7 de junio de 1861, Parte de la comitiva enviada por Calfucurá fué alojada en el “Hotel de Italia”, situado en la calle San Martín y el resto en Palermo.

El 2 de julio el mismo periódico anunciaba: “Partieron ya a sus destinos los caciques y comitivas que vinieron de la Pampa”.

De la visita de Cipriano Catriel a Buenos Aires en mayo de 1861 data la amistad y afección de ese cacique por Mitre, epilogada trágicamente en la Revolución de 1874.

a las hordas bárbaras en el Sur, los jefes militares de Buenos Aires buscaron diligentemente neutralizar la amenaza indígena mediante la celebración de tratados de paz con las distintas parcialidades y caciques. Contó a poco andar esa política con el valioso apoyo de Manuel Baigorria, quien, eficazmente secundado por Coliqueo, se empeñó en lograr un pronunciamiento uniforme de las tribus en favor de la causa porteña, hecho que implicaba una reversión total de lo ocurrido en el desierto en vísperas de la campaña de Cepeda.

Calfucurá, enemigo tradicional de los porteños y siempre reacio a entenderse con ellos, no pudo, al fin, eludir esa doble acción que iba tejiendo alrededor suyo una red de alianzas y compromisos y sometía a dura prueba la confederación de tribus por él organizada y dirigida desde antes de Caseros <sup>(33 bis)</sup>. Sin dejar de protestar su lealtad a Urquiza y al partido federal, depuso su actitud hostil y concluyó por pedir la paz, temeroso de quedar aislado. En carta escrita a Mitre el 26 de julio de 1861 desde Azul, Rivas señalaba que el cacique estaba poseído de tal miedo que estimaba llegado el caso de exigirle la entrega de las cautivas que tenía en su poder, en la seguridad de que no las negaría. Con el objeto de agradar al jefe de la frontera habíale enviado cartas recibidas de la Confederación —entre ellas una de Fragueiro— donde se lo instaba a mantenerse firme al lado del general Urquiza <sup>(34)</sup>.

A fines de julio Calfucurá se dirigía a Albino Llano, comandante militar de Bahía Blanca, para informarlo de los tratados que había celebrado con el Gobierno de Buenos Aires y pedirle autorización a fin de que sus indios pudiesen entrar en la plaza a comerciar. El era chileno —le decía— y había venido al país llamado por Juan Manuel de Rosas. A solicitud de los suyos se quedó luego en estas tierras para gobernarlos y aquí habría de permanecer hasta la muerte. Era hombre de paz y si alguna vez invadió la frontera fué porque Urquiza se lo ordenó; él no hizo más que obedecer y “el mandado no es culpado” —advertía. Pero ahora que se había celebrado la paz era preciso que todos vivieran como hermanos y se acabasen las guerras para siempre. Además, Rivas le había escrito que marchaba ya a campaña por orden de su gobierno que estaba de nuevo en guerra con Urquiza, pero dejaba en su lugar a los coroneles Machado y Ocampo con quien él podía continuar sus relaciones amistosas. ¿Porqué no había de ser lo mismo con el comandante de Bahía Blanca?

Con el propósito de demostrar su buena fe Calfucurá devolvía a Llano un hijo del cacique Ancalao, capturado muchos años antes y

<sup>(33 bis)</sup> Véase sobre este interesante aspecto el documento incluido en el tomo XXII del *Archivo del General Mitre*, pág. 83 a 85.

<sup>(34)</sup> *Archivo del General Mitre*, t. XXII, cit., pág. 33.

se comprometía a mandarle poco a poco los demás cautivos que en Salinas se hallaban. En retribución pedía que le enviasen una sobrina suya raptada de sus toldos por un desertor. Concluía su carta con una extensa lista de artículos que deseaba se obsequiasen a sus enviados (35).

6. A todo esto y luego de la matanza de El Pocito en San Juan (11-I-1861), con que culminó la intervención del general Saá en esa provincia, —decretada por el Gobierno de Paraná después del asesinato de Virasoro— habíase producido el rechazo de los diputados porteños al Congreso Nacional (6-IV-1861) y la ruptura de relaciones entre Buenos Aires y la Confederación.

En Córdoba el partido liberal porteño había logrado adeptos entre los mismos hombres del gobierno, quienes públicamente aplaudían la actitud asumida por Buenos Aires frente a los sucesos de San Juan y al rechazo de sus diputados en el Congreso y reservadamente se entendían con algunos de sus dirigentes para enfrentar, llegado el caso, al Gobierno Nacional. Figura principal de esa política era el Ministro de Gobierno Luis Cáceres, quien se hallaba en comunicación con el doctor Marcos Paz en Buenos Aires.

Advertido el Presidente Derqui de lo que en Córdoba ocurría se dispuso a intervenir aprovechando, para el caso, un conflicto suscitado entre esa Provincia y la de San Luis, a cuyo efecto solicitó del Congreso la sanción de la ley correspondiente. Obtenida ésta (27-V-1861), expidió un decreto aprobando la conducta del interventor Juan Saá en San Juan (29-V-1861) —verdadera declaración de guerra a Buenos Aires— y en los primeros días de junio siguiente, después de haber delegado el mando en el Vice Presidente Pedernera, se puso en marcha hacia Córdoba con el designio de ejercer personalmente la intervención.

Los actos del Gobierno Nacional decidieron los de Buenos Aires. El 5 de junio de 1861 el Gobernador Mitre hizo pública su protesta por la aprobación de la conducta de Juan Saá y se declaró dispuesto a sostener los derechos y garantías asegurados a todos por la Constitución, prestando a las provincias amigas cuanta cooperación y ayuda solicitasen. Dos días más tarde la Legislatura lo autorizaba a emplear los medios oportunos para remover los obstáculos que retardaban la definitiva incorporación de Buenos Aires al resto de la República, de acuerdo con las prescripciones y garantías establecidas por la Constitución Nacional y los pactos y el 22 de junio lo facultaba para movilizar las milicias provinciales, conforme lo demandasen las exigencias

(35) ARCHIVO DEL ESTADO MAYOR DEL EJÉRCITO, N.º 583.



de la seguridad pública. Respondió el Poder Ejecutivo Nacional declarando rebelde al Gobierno de Buenos Aires —al que acusó de querer erigirse en juez de la Nación— y solicitó al Congreso la adopción de las medidas necesarias para someterlo. Por ley sancionada el 4 de julio de 1861 el Congreso dispuso la intervención de la Provincia.

Mientras tanto en Córdoba —adonde llegara a mediados de junio— el Presidente Derqui no había aguardado, por cierto, que quedara formalizada la ruptura del Gobierno Federal con Buenos Aires para darse con actividad febril a la tarea de reclutar tropas destinadas a engrosar el ejército que Urquiza en el litoral alistaba ya para someter a la Provincia. Nueve mil hombres reunidos en el breve lapso de poco más de un mes dieron la prueba de su eficacia, energía y decisión. Pero mientras de tal manera se aprestaba a la lucha un hecho inesperado, ocurrido en la Frontera Sur de Córdoba, conmovió las filas de la Confederación.

7. Con el propósito de contrarrestar la acción que el Gobierno y los jefes militares de Buenos Aires venían desarro<sup>l</sup>ando para atraer a la causa porteña a las principales tribus del desierto o asegurar al menos su neutralidad en la inminente guerra, Urquiza destacó en Río IV, a mediados de 1861, al teniente coronel Federico Olivencia con órdenes de ponerse en comunicación con los caciques, recordarles sus antiguos compromisos y alianzas y hacerles llegar, en su nombre y en el del Presidente y Vice Presidente de la República, las cartas y obsequios de que era portador.

Olivencia llegó a Río IV a principios de julio de 1861 y se disponía a iniciar su cometido cuando tuvo noticia de que el regimiento 7º de caballería, de guarnición en el Fuerte 3 de Febrero, se había sublevado con su jefe el coronel Baigorria a la cabeza. Así que pudo confirmar esa información dirigió al Jefe del Estado Mayor del ejército federal, general Benjamin Virasoro, una comunicación urgente en que le expresaba:

“Exmo. Señor: Un suceso bastante desagradable me obliga a no perder instante en comunicárselo. Ayer llegaron dos mujeres del “Fuerte 3 de Febrero” con la noticia de que el Cnel. Baigorria se había sublevado con las fuerzas que tenía a sus órdenes y que quedaba ensillando con el fin de abandonar el fuerte; hoy señor Gral se sabe positivamente que este hecho infamante para el Coronel Baigorria se ha consumado.

“Es muy probable que se haya dejado seducir por los reprobados manejos de los hombres de Buenos Ayres.

“Hoy he despachado chasques cerca de los casiques Calfucurá, Mariano Rosas y Coliqueo, a los que les aviso mi llegada a esta Villa

y q<sup>e</sup> muy pronto estaré con ellos para comunicarles las órdenes del Exmo. Señor Vice Presidente.

“Les mando decir por los lenguaraces q<sup>e</sup> se apronten y me esperen para darles las órdenes yponernos de acuerdo en esta última campaña que será la desiciba” (36).

En la misma fecha Olivencia informaba a Urquiza de la sublevación de Baigorria y del envío de chasques a los caciques para prevenirlos de su próxima llegada a los toldos. Le hacía saber también que Saá se disponía a marchar con todas las fuerzas de Río IV para incorporarse al ejército federal, hecho que irremediamente iba a provocar la emigración de todos los pobladores del Departamento, pues era imposible que pudieran permanecer sin protección alguna, “a merced y voluntad de los salvajes de la Pampa y del bandalaje” (37).

La ausencia de Baigorria y su regimiento se hacía sentir ya y bien pronto las fronteras de la Confederación comenzarían a sufrir los males que en 1859 habían soportado las fronteras de Buenos Aires.

Días más tarde —el 18 de julio— Olivencia volvía a dirigirse a Virasoro para manifestarle, presa de desaliento, que la sublevación de Baigorria había entorpecido de tal manera su misión ante los indios que consideraba hasta peligroso internarse en el desierto para tratar de alcanzar Salinas Grandes, tomados como debían estar los caminos por los sublevados. Lo consolaba la esperanza de que en la inminente guerra los bárbaros, divididos entre sí como al parecer estaban, permanecieran en sus toldos y no causaran mayores males. “A Catriel le mandaré un chasque para que no se mueva de sus Toldos” —decía. (38).

Ya entrado agosto, la llegada a Río IV de chasques de Calfucurá con comunicaciones para Urquiza dió ánimos a Olivencia para llevar adelante la misión que le había sido confiada. El 2 de agosto escribía al general:

“Dentro de tres días a más tardar despacharé los indios de Calfucurá avisando á éste para que esté prevenido; ban con ellos un oficial y tres soldados de Cristo. También mando con ellos un capitán de mi confianza con dos soldados para que tengan una conferencia con Catriel a fin de que se ponga de nuestra parte o se declare neutral” (39).

A todo esto Baigorria, después de abandonar el Fuerte 3 de Febrero, marchaba con su regimiento hacia las fronteras de Buenos Ai-

(36) ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN, *Archivo del General Urquiza*, carpeta N<sup>o</sup> 55, año 1861.

(37) ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN, *Archivo del General Urquiza*, carpeta N<sup>o</sup> 55, año 1861.

(38) ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN, *Archivo del General Urquiza*, carpeta N<sup>o</sup> 55, año 1861.

(39) ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN, *Archivo del General Urquiza*, carpeta N<sup>o</sup> 55, año 1861.

res con el propósito de incorporarse al ejército que Mitre había comenzado a organizar en Rojas. A orillas de la laguna de El Cuero se le unió Coliqueo con sus lanceros, chusma, enseres y ganados, que dieron dar a la columna el extraño aspecto de un pueblo antiguo caminando por el desierto en busca de un lugar donde fijarse, o en procura de una tierra prometida...

Recibió en aquel paraje una carta de Urquiza, donde el vencedor de Caseros le recordaba su antigua amistad y sus deberes de soldado, invitándolo a permanecer fiel a la causa federal.

"Mi general —le respondió: con nadie estoy mas resentido que con Vd. porque ha permitido, siendo Capitán General, vejar a un subalterno y no ha defendido su derecho.

"Como amigo, mucho le debo, desearía serle útil en cualquier distancia o espacio — Pero como Jefe nada le debo, Señor, no me ha correspondido" (40).

Desde El Cuero, con sus cabalgaduras en mal estado, la columna avanzó lentamente de aguada en aguada, protegida por partidas de lanceros que efectuaban continuas y largas descubiertas. Los ranqueles de Mariano Rosas no dificultaron su camino, limitándose a observarla a la distancia. Por momentos piquetes indios fueron avistados desde Río IV, hecho que sembró la alarma entre los pobladores de la villa, temerosos de una invasión (41).

Pocos días más tarde Baigorria recibía una carta de Mitre, conducida por un hijo de Coliqueo, donde el jefe porteño lo instaba a continuar su marcha y prometía auxiliarlo con caballadas. Al acercarse a la Frontera Norte de Buenos Aires, el militar sublevado despachó en comisión a Rojas a su segundo, el mayor Calderón, un ayudante y cuatro soldados, con el objeto de prevenir su aproximación. Dos soldados desertores del regimiento fueron a llevar noticias de su marcha a Río IV, desde donde Federico Olivencia las puso inmediatamente en conocimiento del general Urquiza. "Lleva —decía Olivencia— muchísima chusma, arreo muy pesado, pues lleva hasta gallinas". Según sus informes acompañaban a Baigorria 200 cristianos y 300 indios de pelea, a quienes había hecho creer que Calfucurá estaba de parte de Buenos Aires y marchaba a incorporárseles.

"Puedo asegurar a V. E. que después de la maldad del pícaro de Baigorria, en que ha engañado a unos cuantos indios, todos los demás y en primer lugar Calfucurá, nunca faltarán al respeto y aprecio que le deben a V. E."

(40) *Memorias del Coronel Manuel Baigorria*, en *Revista de la Junta de Estudios Históricos de Mendoza*, t. X, 1938.

(41) ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN, *Archivo del General Urquiza*, carpeta 55, cit.

Afirmaba que todos los caciques estaban impacientes por recibir las órdenes del general y él los tenía a todos de perfecto acuerdo (42).

8. Pero esta vez Olivencia se equivocaba. Calfucurá, ligado ya por tratados de paz con Buenos Aires y al tanto de la sublevación de Baigorria y Coliqueo, optó por una prudente neutralidad y si bien continuó manteniendo correspondencia con los hombres de la Confederación, comenzó a hacer llegar a los jefes porteños las cartas que de éstos recibía. Influían, además, sobre él, según se ha comprobado, algunos personajes amigos y hasta parientes, que le escribían desde la frontera o se habían trasladado a sus toldos para aconsejarlo, a pedido, seguramente, de los comandantes de la línea.

En julio Rivas le había hecho saber, como páginas atrás se recordó, que marchaba a incorporarse al ejército de Mitre en el Norte de la Provincia y dejaba en su lugar en la frontera al coronel Ocampo y a Machado. Calfucurá entró entonces en correspondencia con el primero de estos jefes, que muy hábilmente habíale comunicado el pronunciamiento de Coliqueo y Baigorria en favor de Buenos Aires y su marcha hacia las fronteras de la Provincia, a la que asignó una importancia decisiva. Lleno de temor, Calfucurá respondió alegrándose del hecho. Respecto del primero —decía— él nunca había sido enemigo suyo y si en algún momento se habían disgustado era porque Coliqueo a todos quería mandar. En cuanto a Baigorria siempre habían sido amigos. Temía, sí, que ambos le hablasen mal a Mitre de él y pedía no se les consintiese hacerlo porque no tenían motivos (43).

En seguida se comprometió con Ocampo a enviarle cuanta comunicación recibiera del campo federal.

“Como le he dicho en mis anteriores —expresaba el cacique— en el acto que resiva cualquiera ordenes que cean al momento le escribiré haciendole saver lo que me ordenan y aunque me llamen a ayudarlos ya yo no les he de prestar mis cervicios ni tampoco les he de ceder ningun cacique con gente” (44).

Estas promesas no le impedían recibir y agasajar por esos días en sus toldos a los comisionados federales que Olivencia despachara desde Río IV con mensajes para él a principios de agosto, más atrás señalados.

Pero, de todas maneras, Calfucurá no habría de intervenir en la campaña de Pavón. Algún tiempo antes de librarse la batalla, visto

(42) ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN. *Archivo del General Urquiza*, carpeta 55, cit.

(43) Carta de Calfucurá al coronel Ocampo. Chilué, agosto 9 de 1861, en ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN, X-20-7-2.

(44) Carta de Calfucurá al coronel Ocampo. Chilué, agosto 19 de 1861, en ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN, X-20-7-2.

el rumbo que para la Confederación habían tomado los negocios del desierto, el coronel Felipe Saá fué destacado sobre los ranqueles para exigir de Mariano Rosas su colaboración, exigencia que, según Calfucurá, se le hizo extensiva también a él bajo graves amenazas. De acuerdo a las órdenes recibidas, los ranqueles debían dirigirse al paraje denominado Cabeza de Vaca, frente al fuerte Federación, donde Olivencia les aguardaba. Calfucurá, por su parte —a estar a sus manifestaciones— se vió obligado a alistar 200 hombres, para despacharlos también hacia el paraje señalado, pero dió cuenta inmediatamente del hecho al coronel Ocampo.

“Los mando —decía— para hacerle ver al comisionado que ha venido, que mi gente también marcha, pero le aseguro querido hermano que la gente que yo mando no han de ir a ofender ningún pueblo de la Frontera, porque si quisiera que ofendieran no le avisaría a mi hermano” (45).

Calfucurá parecía esta vez sincero, más, según se comprobó después, cuando de la manera expuesta se dirigía a Ocampo poníase en marcha con el grueso de sus lanceros sobre la Frontera del Centro de Buenos Aires, dispuesto, antes que a participar en la lucha, a aguardar en posición ventajosa su resultado para obrar luego en consecuencia (46). Afortunadamente para las poblaciones de la frontera, cuando Calfucurá ejecutaba ese movimiento, el ejército porteño había ya triunfado en Pavón.

9. Instalado en Rojas desde mediados de julio de 1861 Mitre organizaba sin nerviosidad y sin pausa el ejército de Buenos Aires. Al hacerse cargo del mando había analizado fríamente los elementos con que contaba y las posibilidades que se le ofrecían, llegando a la conclusión de que era necesario realizar un gran esfuerzo si se quería afrontar la lucha con probabilidades de éxito y así lo advirtió a sus colaboradores en el gobierno, que habían quedado en la ciudad, a fin —decía— de que ni se ilusionaran demasiado ni perdieran el aplomo que hasta entónces a todos había salvado.

(45) Carta de Calfucurá a Ocampo, Chilué, octubre 2 de 1861, en ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN, X-20-7-2.

(46) El 2 de octubre de 1861, ignorando todavía el resultado de la batalla, Calfucurá contestaba desde Chilihúe una carta de Urquiza, en que el general le había anunciado su marcha sobre Buenos Aires, para informarle que él también, en el término de diez días, se pondría en camino con el propósito de ayudarlo, no obstante que en la última campaña —bien lo recordaba— lo dejara abandonado con su gente en los campos, sin recursos de ninguna especie. Había despachado chasques a Mariano Rosas —decía— para que lo imitase. El tomaría la dirección de Mulitas, en cuyas proximidades se proponía acampar para aguardar sus órdenes. Apenas llegara daría aviso de su presencia por medio de quemazones. Pedía a Urquiza que enviase a su lado a Federico Olivencia y a Cristo y lo apoyara con un cuerpo de carabineros y una pieza de artillería, pues él solo tenía lanceros. (ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN, *Archivo del General Urquiza*, Carpeta 55).

Estimaba que para iniciar la campaña necesitaba reunir un ejército de diez a doce mil hombres como mínimo. En el momento no disponía ni siquiera de las tropas necesarias para sostener la línea del norte de la Provincia si una fuerza medianamente poderosa lo atacaba. Le llegaban recién los primeros contingentes, en su mayor parte desarmados, y carecía hasta de lugares donde ubicar las cabaladas a causa de la terrible sequía que assolaba los campos.

Dadas las condiciones expuestas, señalaba que su presencia en Rojas, casi a la vista del enemigo, no debía interpretarse como anunciadora de una inmediata acción agresiva sino como un acto dirigido a levantar la moral de sus soldados, colocándose desde el primer momento en el punto de mayor peligro y responsabilidad (47).

Secundado eficazmente por su hermano Emilio y por Rivas, Mitre organizó rápidamente una división de vanguardia: cubrió con sus efectivos la línea del Arroyo del Medio desde San Nicolás a Pergamino; reforzó las guarniciones de los fortines avanzados que se escalonaban hacia el Oeste, hizo ocupar las escasas aguadas existentes que pudieran ser utilizadas por el enemigo e implantó un servicio permanente de descubiertas (48).

El Ministro de Guerra y Marina Juan A. Gelly y Obes desde Buenos Aires y el Jefe del Estado Mayor Wenceslao Paunero, desde el campamento establecido en Mercedes, colaboraban activamente con él en la formación del ejército, enviándole sin cesar tropas, armas, municiones, vestuarios y cabaladas. A fines de julio Paunero había ya equipado más de 5.000 hombres (49).

Por esos mismos días se ponían en marcha los batallones de la Guardia Nacional de la ciudad, los efectivos de la Legión Militar y el batallón de Cazadores de Patagones, llegado por agua y, ya entrada agosto, comenzaban a abandonar sus acantonamientos las fuerzas que guarnecían las Fronteras del Sur y del Oeste de la Provincia para dirigirse también a Rojas conducidas por sus jefes los coroneles Benito Machado (50) y Laureano Díaz. Bien pronto habrían de seguirlos

(47) Carta de Mitre a Norberto de la Riestra, Villa de Mercedes, julio 13 de 1861, en *Archivo del General Mitre*, tomo VIII: *Campaña de Pavón*, pág. 18. Buenos Aires, 1911.

(48) Carta de Mitre al Ministro Gelly y Obes, Rojas, julio 18 de 1861, en *Archivo del General Mitre*, t. VIII cit., pág. 22.

(49) *Archivo del General Mitre*, t. VIII cit., págs. 320 y 323.

(50) Conforme a las órdenes recibidas de Buenos Aires, Machado se encontraba listo para marchar al Norte con su división a fines de julio. Mas recibió una embajada y cartas de Calfucurá en que el cacique formulaba diversas exigencias para mantenerse neutral en la inminente lucha. Alarmado puso el hecho en conocimiento del Ministro Gelly y Obes, quien consultó a Mitre. No se resignaba el Ministro a privar al ejército del concurso de las fuerzas de la Frontera del Sur, estimando que por sobre el peligro que ésta pudiera correr con su alejamiento se alzaba el compromiso a afrontar en el norte. Mitre, atendiendo a las circunstancias que creaban las continuas exigencias de Calfucurá, "con cuya buena fe y quietud —decía— habíamos contado"; a la conveniencia de tener seguras las espaldas

—cumplida ya su misión en el campamento de Mercedes— el propio Paunero con el grueso de la infantería y Hornos con la caballería <sup>(51)</sup>.

También Manuel Baigorria, en penosa marcha por el desierto, se aproximaba a la Frontera Norte de la Provincia con su regimiento a fin de incorporarse al ejército. Seguía a alguna distancia la tribu aliada de Coliqueo. El 12 de agosto Mitre remitía al Gobernador Ocampo una carta del militar sublevado y le informaba que éste último se hallaba con su división a cinco días de marcha de Rojas, acompañado de 15 oficiales y 200 soldados de su regimiento, más 400 indios aliados, que traían consigo 15.000 cabezas de ganados de todas clases, “con el objeto de establecerse en esta frontera”. Agregaba que Baigorria se había pronunciado por la causa de Buenos Aires y puesto a las órdenes de su Gobierno no obstante varios chasques y cartas personales que Urquiza le enviara con el propósito de disuadirlo de su intento, a las que había contestado “que no lo obedecía ya; que estaba con Buenos Aires que era un pueblo de instituciones libres y deploraba los nueve años de su vida que había gastado trabajando por una mentida organización nacional, que no había dado por resultado sino escándalos”.

Agregaba Mitre que había enviado al encuentro de Baigorria 800 caballos a fin de que pudiera apresurar sus marchas y solicitaba del Gobernador el pago de cuatro meses de sueldo que había prometido a los oficiales y tropa de su regimiento. “Al coronel Baigorria —le decía— debe el Gobierno y el pueblo de Buenos Aires una manifestación especial; y sería de opinión se le diese en propiedad un terreno sobre la línea de frontera, en Junín, por ejemplo, y que ya fuese por donación del Gobierno, ya por una suscripción que se promueva entre los hacendados, se le diesen los medios de poblar bien una estancia, con lo cual quedaría radicado en el país y nuestra frontera definitivamente asegurada para lo futuro” <sup>(52)</sup>.

y disponer de recursos que quizá iban a necesitarse, opinó que Machado podía permanecer en la frontera, “por que, al fin, mil hombres más o menos no han de decidir la cuestión”. Pero recomendó al Ministro obrar discretamente para no herir la delicadeza de dicho jefe que había pedido con insistencia incorporarse al ejército. En última instancia Gelly y Obes se decidió por mantener nomás la orden de marcha. “Esta vez me ha dado el diablo por no creer en brujerías” —explicó a Mitre. Había recibido últimamente, además, comunicaciones tranquilizadoras del Sur. Los enviados de Calfucurá, convenientemente obsequiados, regresaban muy satisfechos a los toldos, sobre todo el cacique principal a quien se le había permitido vender como se le antojó un gran surtido de mercaderías que había traído. *Archivo del General Mitre*, t. VIII, págs. 325/329.

<sup>(51)</sup> Respecto de la marcha de fuerzas hacia el Norte de la Provincia, véase la abundante documentación publicada en los tomos VIII y XXII del *Archivo del General Mitre*, obra cit.

<sup>(52)</sup> Carta de Mitre al Gobernador Ocampo, Rojas, agosto 12 de 1861, en *Archivo del General Mitre*, t. VIII cit., pág. 220.

En comunicaciones que dirigió posteriormente al Ministro de Guerra, Mitre pidió uniformes y espadas para los oficiales del 7º de Caballería y charreteras para Baigorria y su segundo Calderón, “que bien se las merecen”, decía.

El 14 de agosto contestaba Ocampo la carta de Mitre. "Veo que al fin se acercó Baigorria —le decía— y que contamos con un nuevo contingente que yo no enumeraba para considerar vencidos a nuestros enemigos". Le anunciaba el envío del vestuario y del dinero solicitado para esa tropa, extrañándose de que no le hubiera pedido nada para el cacique Coliqueo y sus indios, a los que estimaba acreedores a la misma recompensa que los soldados. "Usted me dirá lo que sea preciso para no descontentar esta gente —añadía—. Estaba de acuerdo con la idea de facilitar a Baigorria y los suyos algunas tierras para establecerse y conservar sus haciendas, "pues él solo ha sido suficiente por siete años para conservar garantida la frontera sur de Córdoba" (53).

En términos concordantes se dirigía en la misma fecha el Ministro Gelly y Obes a Mitre (54), quien propuso entonces que se diera a los indios de Coliqueo el equivalente de dos meses del sueldo asignado a los indios amigos de la frontera y se les continuara pagando luego con regularidad, tal como él se los había ya prometido. Le informaba que el nombrado cacique traía consigo como 300 indios, entre los cuales estaba incluida la tribu de Raninqueo. Esperaba, además, la incorporación de Pincen, que obedecía a sus órdenes y mandaba más de 100 lanzas (55).

El 16 de agosto Gelly y Obes anunciaba a Mitre que el Gobernador había aprobado su idea de adjudicar tierras a Coliqueo para que en ellas se radicara de manera definitiva. Él creía conveniente que Mitre les fijase ya el lugar para pedir después la correspondiente autorización a la Legislatura (56).

Tal fué el origen del establecimiento de las tribus de Coliqueo y Raninqueo en el Oeste de la Provincia de Buenos Aires, donde en lo sucesivo habrían de vivir pacíficamente.

El enorme arreo de ganado mayor y menor que sus bárbaros aliados transportaban demoró la incorporación de las fuerzas de Baigorria el ejército de Buenos Aires, tardanza que llegó a despertar sospechas en el Ministro Gelly y Obes (57). El 28 de agosto al fin, cuando el grueso de la columna llegaba a las inmediaciones del fortín Piñero,

(53) *Archivo del General Mitre*, t. VIII cit., pág. 223.

(54) *Archivo del General Mitre*, t. VIII cit., pág. 339.

(55) Carta de Mitre a Gelly y Obes, Rojas, agosto 17 de 1861, en *Archivo del General Mitre*, t. VIII cit., pág. 345.

(56) *Archivo del General Mitre*, t. VIII cit., pág. 342.

(57) Habían alarmado al Ministro versiones llegadas de Rosario según las cuales, una vez incorporadas al ejército de Buenos Aires las fuerzas de Baigorria y Coliqueo aguardarían el momento de la batalla para sublevarse y provocar su desorganización. Mitre se apresuró a disipar las sospechas de Gelly y Obes: "Lo de Baigorria es un caldo que se administran ellos mismos para entonarse —le observó— pues sería el mayor absurdo suponer que habían combinado una traición tan laboriosa que les ha privado, en el espacio de dos meses, de una cuarta parte de su fuerza moral y material contra nosotros". (*Archivo del General Mitre*, t. VIII, pág. 369).



Baigorria, adelantándose con su escolta, se hacía presente en el campamento de Rojas. Mitre mandó abonar a la tropa los sueldos prometidos y proveyó de uniformes y espadas a los oficiales que no los tenían.

“Es buena gente y está contenta —escribía a Ocampo— lo que es natural después de 26 meses que han pasado sin recibir sueldo y desnudos. Dicen en sus fogones que ya estaban cansados de pelear con viejos y gracias a Dios tienen un general joven... (58).

Por “Orden del día” de 14 de agosto de 1861, Mitre dispuso que el regimiento 7º de caballería de línea de Baigorria y los escuadrones indígenas a él adscriptos pasasen a constituir la 14ª División o cuerpo de flanqueadores de ejército, bajo el mando de dicho jefe (59).

No fueron, por cierto, los lanceros de Coliqueo los únicos naturales incorporados al ejército, ya que por la misma orden se incluyó en la 1ª División de Caballería, puesta bajo el mando del coronel Julio de Vedia, al escuadrón de indígenas de la Frontera del Centro y en la 2ª División, que iba a comandar el teniente coronel Juan Agustín Noguera, al escuadrón de la misma clase de 25 de Mayo.

La rebelión de Baigorria contra las autoridades de la Confederación y su incorporación a las filas porteñas, de escasa importancia militar si se atiende únicamente al número y calidad de las fuerzas que sumó al ejército de Mitre, tuvo, sin embargo, una gravitación incuestionable sobre el desarrollo de la campaña de Pavón; decidió la actitud de las tribus fronterizas llevándolas a aliarse o ajustar la paz con Buenos Aires y, por sobre todo, intimidó a los belicosos ranqueles y salineros de Mariano Rosas y de Calfucurá, a los que inmovilizó hasta después de la batalla, permitiendo a Mitre incorporar a su ejército en el norte de la Provincia la totalidad de las fuerzas que guarnecían las fronteras (60).

Por la forma y el momento en que se realizó constituyó asimismo un rudo golpe moral para la causa de la Confederación y aun para el prestigio personal del general Urquiza quien, quizá por primera vez en su vida militar, se vió desobedecido y recriminado públicamente por un jefe subalterno de su ejército.

Los hombres dirigentes de Buenos Aires —y de entre ellos Mitre el primero— entrevieron también la conveniencia de establecer en las Fronteras de la Provincia al militar cuyo concurso se había logrado y a su aliado indio Coliqueo, con el fin de asegurar su defensa. A ese

(58) *Archivo del General Mitre*, t. VIII cit., pág. 231.

(59) *El Nacional*, Buenos Aires, 20 de agosto de 1861.

(60) “Ahora que Baigorria es nuestro aliado y que nada tenemos que temer de los indios, me parece conveniente no dejar en la inacción ninguna fuerza sobre la frontera”, escribía Emilio Mitre a Bartolomé en julio de 1861. (*Archivo del General Mitre*, t. IX, pág. 134).

objeto les señalaron tierras, que la tribu de éste último pasó a ocupar el mismo año de 1862 y donde sus descendientes habrían de conservarse hasta la actualidad.

10. Trabajando sin descanso en la organización del ejército Mitre no había dejado un sólo instante de pensar en la paz. Había en él —según se lo confió a Gelly y Obes— una fuerza secreta que lo impulsaba a buscarla por todos los medios a su alcance, quizá porque la vista del poderoso ejército que había reunido le daba plena conciencia de su responsabilidad. La serenidad de su espíritu y la moderación que entendía nunca debía abandonar al hombre público en los momentos de mayor poder y prosperidad, le hacían desear la paz aun cuando hubiese de sacrificar una gloria segura, porque tenía fe en sus resultados y porque hacía nueve años —decía— llevaba guardado en su pecho el secreto de que el heroísmo de la Guardia Nacional de Buenos Aires no resistiría la muerte de cien de sus miembros, desde que una victoria comprada al precio de esas víctimas sería una derrota moral que sangraría por muchos años. “Por eso me ha visto usted siempre al lado de la Guardia Nacional de Buenos Aires, tanto en los sitios como en Cepeda, poniéndome el primero á su frente, para proporcionarles gloria segura y barata. Quede esto entre nosotros”, concluía (61).

Un mes antes de la batalla Mitre había analizado cuidadosamente el estado político del país llegando a la conclusión de que Derqui y Urquiza —“la presidencia y el caudillaje”— en antagonismo latente, terminarían por destruirse y hasta creyó posible que uno de ellos —Derqui desde luego— buscara el apoyo poderoso de Buenos Aires para salvar al país. Pero si de todas maneras sobrevenia la guerra no dudaba del triunfo de la Provincia, “porque consideraba que el poder de Urquiza era un poder en decadencia, que no tenía ya razón de ser, ni aún la del prestigio personal, desde que los pueblos podían señalar un hombre que lo sustituyese en la influencia y en el poder”. La idea de que ese hombre pudiera ser él mismo lo llenaba de satisfacción —decía— pero no oscurecía su razón para hacerle desconocer que el camino de la paz y de la conciliación de los intereses en pugna, aunque menos glorioso, era el que mayor y mejores resultados ofrecía. Tenía fe en la fuerza expansiva de los principios y en las fuerzas reales que Buenos Aires podía poner a su servicio (62).

En los primeros días de agosto, aceptada por la Confederación y

(61) Carta de Mitre a Gelly y Obes, Rojas, agosto 12 de 1861, en *Archivo del General Mitre*, t. VIII cit., pág. 338.

(62) Carta de Mitre a Gelly y Obes, Rojas, agosto 17 de 1861, en *Archivo del General Mitre*, t. VIII cit., pág. 338.

Buenos Aires la mediación interpuesta por los representantes diplomáticos de Gran Bretaña, Francia y Perú, Eduardo Torthon, Charles Lelebre de Becour y Buenaventura Seoane, respectivamente, Mitre habíase trasladado a San Nicolás con el objeto de entrevistarse con el presidente Derqui, especialmente venido de Córdoba y con el general Urquiza. Lo acompañaba el ministro Obligado.

Tanto Mitre como Urquiza habían aceptado en principio las bases propuestas por los mediadores, consistentes en el aplazamiento hasta 1864 de la incorporación de Buenos Aires; en la elección de los diputados de la Provincia al Congreso después de esa fecha conforme a la ley nacional; en el pago de dos millones de pesos mensuales por Buenos Aires como contribución a los gastos nacionales; en el pago de los derechos de importación y exportación de mercaderías en las aduanas correspondientes a los puertos de extracción y de consumo y en la total supresión de derechos diferenciales.

Criticó la prensa de Buenos Aires esta tentativa de arreglo que, aparentemente al menos, postergaba sin resolverlo el problema de la unidad nacional. “Una paz digna, honrosa y conveniente, que nos dé el triunfo sin sangre y que prepare el triunfo pacífico de nuestros principios en lo futuro —observó Mitre— bien merece el sacrificio de algunos desahogos estériles del periodismo, que tendrá tiempo sobrado de empuñar la trompa guerrera si las negociaciones fracasasen” (63).

La conferencia tuvo lugar a bordo del “Oberon” barco de Su Majestad Británica, frente al puerto de Las Piedras, el día 5 de agosto. No se resignó el Presidente Derqui a tratar de igual a igual con el gobierno de una provincia que había sido declarada rebelde e intervenida por el Gobierno Nacional y exigió que a las bases propuestas por los mediadores se agregasen el desmantelamiento de las fortificaciones y la neutralización de la isla de Martín García, el desarme del ejército y de la escuadra de Buenos Aires y el pago de una suma doble de dinero para la atención de los gastos nacionales. Esas exigencias provocaron el fracaso de las negociaciones, que en vano procuraron llevar adelante después, a requerimiento de los diplomáticos mediadores, Norberto de la Riestra en representación de Buenos Aires y Nicanor Molinas de la Confederación.

11. A fines de agosto de 1861 Mitre completaba la formación del ejército de Buenos Aires, que sumaba ya más de 15 mil hombres. Desde Rojas, donde la llevara a cabo, se encontraba en situación de lanzar un ataque frontal sobre el ejército de Urquiza, acantonado en

(63) Carta de Mitre al Gobernador Ocampo, Rojas, agosto 12 de 1861, en *Archivo del General Mitre*, t. VIII cit., pág. 221.

la horqueta que formaban los arroyos del Sauce y Pavón, o bien deslizarse de flanco a lo largo del Arroyo Medio para amagar invadir el territorio santafesino por su derecha y caer sobre Rosario, base natural del ejército de la Confederación.

Mitre se decidió por este último plan, que le permitía mantenerse en contacto con la plaza fuerte de San Nicolás y utilizarla como punto de apoyo de la invasión que meditaba <sup>(64)</sup>.

Así, pues, el 31 de agosto al amanecer, sin aguardar la incorporación de Hornos con el grueso de la caballería, se puso en marcha en dirección del Arroyo Dulce, desde donde se proponía continuar hacia Pergamino. Advertíase en la composición del ejército que el jefe porteño había recogido la experiencia de Cepeda. En esa batalla, pese al desbande de la caballería, la infantería de Buenos Aires había quedado dueña del campo, pero su reducido número y la falta de una buena artillería la obligaron a mantenerse a la defensiva y a retirarse después. No había incurrido Mitre en el mismo error y, sin renunciar a dotar al ejército de formaciones de caballería, indispensables, por otra parte, para ejecutar operaciones de vanguardia y mantener las comunicaciones, había volcado el esfuerzo principal en el sentido de lograr una poderosa masa de infantería, fuerte por su disciplina y capacidad de maniobra que, apoyada por un buen cuerpo de artillería, decidiera por su sola presencia y acción el resultado de la batalla.

Por otra parte, y aunque más no fuera que por obedecer a una tradición histórica, nunca la caballería porteña había podido soportar el choque de los aguerridos escuadrones federales, en que fincaba el poderío del ejército enemigo. La batalla debía ganarla la infantería; esa era la conclusión a que había llegado Mitre y además de la experiencia personal que a ella lo conducía no debían ser ajenas a su concepción las lecciones inolvidables que treinta años atrás dictara el genio táctico del vencedor de La Tablada y Oncativo. Si sus conclusiones fueron o no exactas lo demuestran el resultado de la acción y el hecho de que desde entonces se considerara a Cepeda como la última de las batallas ganadas por cargas de caballería.

Mitre había enseñado a su ejército a maniobrar en dos columnas paralelas y a desplegar, "con la facilidad con que se abre y se cierra un abanico", en extensión de más de una legua, maniobra simple pero efectiva, no practicada hasta entonces en el país y que asignaba a la masa considerable de hombres que constituían el ejército una notable elasticidad y rapidez.

Alentaba una confianza profunda en el triunfo de sus armas, que

(64) Carta de Mitre a Gelly y Obes, "Puntas de Cepeda", septiembre 10 de 1861, en *Archivo del General Mitre*, t. VIII, pág. 394.

no podía confundirse —decía— con la superstición ciega, “porque se fundaba en el conocimiento de su poder y en el del enemigo, en el espíritu verdaderamente heroico que animaba a su ejército, en su composición y organización relativamente perfectos y en esos síntomas precursores de los poderes en decadencia que anunciaban ya la muerte del caudillaje en el Río de la Plata” (65).

En Buenos Aires se habían lanzado acusaciones contra él, imputándosele haber perdido el tiempo en negociaciones de paz y reunido un ejército “a lo Jerjes”, sin decidirse a entrar en acción. Mitre desmentía con los hechos esas acusaciones y a tres días de haber completado la organización del ejército se ponía en movimiento para ejecutar una marcha estratégica profundamente concebida, que debía desorientar al enemigo (66).

El 7 de septiembre el ejército alcanzaba la costa del Pergamino y el 9 las “puntas de Cepeda”, desde donde continuó sus jornadas hacia el Arroyo del Medio, ocupado ya por sus avanzadas. Su rápido desplazamiento obligó al ejército federal a efectuar un cambio de frente y a aceptar la batalla en el terreno elegido por el jefe porteño.

Al atardecer del 16 de septiembre el ejército de Buenos Aires atravesaba el Arroyo del Medio por la posta de Vergara y tomaba posiciones a la vista de las avanzadas federales. Tras de examinar las posiciones del adversario, que apoyaba su centro en la estancia de Palacios, Mitre decidió el ataque para el día siguiente.

En la mañana del 17 de septiembre el ejército avanzó sobre el enemigo en cerrada formación: la infantería y artillería al centro, los flancos protegidos por la caballería, en el medio el parque y cerrando la marcha la reserva, integrada por fuerzas de las tres armas, mandada personalmente por el general en jefe. El dispositivo de combate adoptado por Mitre era el resultado de la experiencia recogida en Cepeda y tendía a neutralizar las cargas de la temible caballería federal sobre los flancos del ejército, procedimiento habitualmente utilizado por Urquiza en sus batallas para envolver y batir al enemigo.

Trabada la acción, mientras la infantería porteña, luego de sobreponerse a un intenso fuego de artillería, destruía el centro federal, la caballería de Buenos Aires, como en Cepeda, se desbandaba en todas direcciones al primer amago de la caballería adversaria. En el flanco derecho únicamente el Iº de línea, mandado por el coronel Vedia, cargó con éxito al enemigo apoyado en las columnas flanqueadoras de Ma-

(65) Carta de Mitre al Gobernador Ocampo, Arroyo Dulce, septiembre 5 de 1861, en *Archivo del General Mitre*, t. VIII cit., pág. 230.

(66) Véase, al respecto, su carta a Gelly y Obes, escrita en las “Puntas de Cepeda”, el 10 de septiembre de 1861, en *Archivo del General Mitre*, t. VIII, pág. 394.

chado, en tanto que a la izquierda Baigorria, con el 7º de línea y escuadrones auxiliares de Coliqueo, “flanqueó con suceso e hizo estragos en las filas enemigas” (67), aunque no pudo evitar verse envuelto luego en la derrota general de la caballería. Sugestivo es el hecho, ya anotado por Sarmiento, de que sólo aquellos cuerpos de la caballería porteña en que revistaban escuadrones de indios soportaran el choque de la caballería federal.

Pero fué, como lo calculara Mitre, la acción de la infantería porteña la que decidió el resultado de la batalla. La noticia de la victoria, llegada rápidamente a Buenos Aires, provocó una explosión de entusiasmo en la ciudad.

“Ahora podemos decir sin peligro que la libertad argentina está salvada —escribía a Mitre el Gobernador Manuel Ocampo— porque la victoria que usted ha alcanzado, al afianzar la tranquilidad de esta provincia, le ha dado una base, un centro de donde ha de irradiarse hasta los Andes”.

“Era a usted, General, a quien estaba reservada la gloria de vencer al frente de las columnas de la civilización, y esto era justo; porque ninguno como usted representa ese nuevo elemento de poder que se levanta para ponerse al servicio de la organización definitiva de las Provincias Unidas del Río de la Plata” (68).

12. El desbande de la caballería obligó al Ministro Gelly y Obes a tender alrededor de la ciudad un cinturón de tropas para protegerla y a trasladarse a la Villa de Luján con el propósito de contener a los dispersos. Pero la masa de ginetes se dirigió al centro de la Provincia, donde bien pronto comenzaron a operar gruesas partidas de montoneros, integradas por soldados de ambos ejércitos, que cometían toda clase de atentados. La acción enérgica de los jueces de paz y los comandantes de la frontera, que regresaban a sus departamentos, puso rápidamente término a sus correrías. El 3 de octubre Gelly y Obes comunicaba a Mitre que el estado de la campaña no era ya alarmante. Los montoneros, perseguidos por todas partes, se habían concentrado en Cruz de Guerra en número de 600 ó 700 y el coronel Díaz marchaba sobre ellos con fuerzas superiores para someterlos, como efectivamente ocurrió pocos días después (69).

Si la campaña no consiguió escapar indemne a las consecuencias de la guerra, el triunfo logrado por el ejército porteño la salvó, en

(67) Parte de la batalla de Pavón, en *Archivo del General Mitre*, t. IX, pág. 247. Bajo el título de: “Baigorria y Vedia”, *El Nacional* del 1º de octubre de 1861, decía: “Nos complacemos en unir nuestros saludos y felicitaciones a los coroneles Baigorria y Vedia, gefes de caballería, por la comportación de sus respectivos cuerpos en la jornada de Pavón”.

(68) *Archivo del General Mitre*, t. VIII cit., pág. 232.

(69) *Archivo del General Mitre*, t. IX, págs. 29, 32 y 33.

cambio, de las depredaciones de los indios. Calfucurá, conforme lo anunciara a Urquiza, habíase hecho presente con sus lanceros sobre la Frontera del Centro dispuesto a entrar en acción, pero el conocimiento del resultado de la batalla y la aproximación del coronel Díaz con su división lo disuadieron de sus propósitos (70).

También los ranqueles, instigados por Olivencia y Cristo (71), se habían aprestado a invadir las fronteras de Buenos Aires, pero la derrota del ejército federal, tanto como la actitud resuelta asumida por Coliqueo y demás caciques aliados (72), los obligó a abandonar sus intenciones.

Baigorria, con los restos de su regimiento salvados del desbande de Pavón, se encontraba a fines de septiembre en Mar Chiquita, a donde había acudido a recibir la indiada de Coliqueo, que llegaba, al fin, del largo viaje realizado desde la frontera del Sur de Córdoba, y se ocupaba asimismo de reclutar fuerzas con la colaboración del comandante Martiniano Charras. Desde allí escribía a Mitre “apenado —decía— por la escandalosa derrota que hemos sufrido en la caballería de nuestro ejército”, para pedirle sus órdenes (73). Pocos días después se le mandaba incorporarse a la columna de Paunero que iba a marchar a Córdoba. Su actuación en la campaña de Pavón mereció ser recordada por el Poder Ejecutivo de la Provincia en el mensaje anual elevado a la Asamblea Legislativa en mayo de 1862. “Satisfactorio le es al Gobierno —decía el documento— participaros la valiosa adquisición que hizo el ejército con la incorporación del antiguo soldado de la libertad Coronel Baigorria, con el cuerpo de su mando y las tribus de Coliqueo y Raniqueo, teniendo una parte muy importante en la jornada de Pavón y posteriores operaciones (74).

ANDRÉS R. ALLENDE

(70) A principios de noviembre de 1861, según la declaración de dos pobladores fugitivos, Calfucurá hallábase acampado como con mil indios en el paraje denominado Cabeza de Buey, donde sólo esperaba la incorporación de Federico Olivencia y de Cristo para invadir (ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN, X-20-7-2). El Ministro Gelly y Obes, en carta escrita a Mitre el 2 de diciembre de 1861, le expresaba que sólo el conocimiento de su triunfo en Pavón había disuadido a Calfucurá de sus intenciones (*Archivo del General Mitre*, t. IX, pág. 47).

(71) Librada la batalla de Pavón, en tanto el indio Cristo huyó a refugiarse en el desierto Federico Olivencia caía prisionero del ejército de Buenos Aires y era sometido a juicio. En su descargo presentó las órdenes originales que había recibido de las autoridades de la Confederación antes de la batalla para movilizar a los indios. Es de creer que no salió esta vez tan bien librado como después de Cepeda. (*Confront. Archivo del General Mitre*, t. IX, págs. 54 y 289).

(72) Coliqueo celebró un parlamento con los caciques aliados de 25 de Mayo y Bragado en Junín y, convencido de la invasión, se comprometió con el coronel Díaz a guardar la frontera desde el Fortín Mercedes, en el deslinde con Santa Fe, hasta la Laguna Brava (ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN, X-20-7-2).

(73) *Archivo del General Mitre*, t. IX, pág. 216.

(74) Mensaje del Gobernador Bartolomé Mitre a la Asamblea Legislativa Buenos Aires, 1º de Mayo de 1862, en *Registro Oficial del Gobierno de Buenos Aires*, año 1862, pág. 117.